



Casquete, J. (2017): *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, Madrid, Alianza, 279 pp.

Quienquiera que se aventure en los territorios del nazismo se topa ineludiblemente con “la pregunta”. Entre los primeros en formularsela, recién terminado el horror, figura el autor de *LTI*: “¿cómo fue posible que gente culta cometiera tal traición a la cultura, a la civilización, a la humanidad?” (Klemperer, 2001[1947]: 385). Jesús Casquete lo hace añadiendo una reformulación: “¿qué permitió que se instalase la podredumbre moral en amplios sectores de la población alemana?” (p. 26). Me atrevo a agrupar las respuestas a “¿cómo fue posible?” en tres categorías: estudios teóricos, exploraciones sociológicas y aproximaciones narrativas. Los primeros se adscriben a alguno de estos enfoques o a combinaciones de ellos: intencionalista, estructuralista, funcionalista, patología de la modernidad y genocidio; los últimos dibujan paisajes sociales y trayectorias biográficas verosímiles; a medio camino, porque privilegian los referentes concretos pero utilizando las herramientas de las ciencias sociales, se sitúan los trabajos sociológicos. *Nazis a pie de calle* se inscribe en este rubro. Sus 12 capítulos ofrecen, en una suerte de *collage*, una respuesta a la pregunta ineludible.

La perspectiva del autor es doblemente sociológica. Lo es, en primer lugar, porque sitúa el foco a pie de realidad. Mejor explicarlo con un ejemplo. En el índice uno se encuentra con un capítulo (el 8º) dedicado al sistema de seguros de las SA, un tema ciertamente insólito. El autor refiere su génesis, desarrollo y aclimatación como elemento canónico del ecosistema nazi. Pero sobre todo da cuenta de su funcionalidad. Jesús Casquete, experto en movimientos sociales y profesor en la Universidad del País Vasco, tiene credenciales para abordar este asunto, como hizo anteriormente con el nacionalismo vasco radical. Así entendemos que la generalización del seguro ayudó a la movilización, al disminuir los costes percibidos de una acción tan arriesgada como la que implicaba ser miembro de las tropas de asalto (SA). Era un incentivo material que completaba el factor ideológico-simbólico, a menudo considerado como variable omniexplicativa. Lo es, en segundo lugar, porque el autor estudia los prolegómenos del nazismo, la República de Weimar. La imagen nostálgica que evoca esta malograda criatura política queda maltrecha en el cuadro de “guerra civil latente” que dibuja el libro<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Nostalgia en este caso justificada. Como recuerda Lionel Richard en un libro (2013) que cubre el mismo espacio cronológico y geográfico, Berlín pasa de ser vanguardia cultural de Europa a epicentro del apocalipsis.

El discurrir de los capítulos presenta una suerte de etnografía del protonazismo. El primer capítulo ofrece una historia sucinta de las SA a partir de su nacimiento en 1920, no por casualidad en Múnich, “el Dorado” del nacionalismo (p. 31). Desde el inicio es patente la fascinación por la violencia, la fobia al pluralismo (de manifiesto en ese empeño programático de reventar mítines), el antisemitismo, el militarismo y la devoción tribal. El fracaso del golpe de 1923 les lleva a fijarse el objetivo del control de la calle para conquistar el poder. No hubiera estado de más algún detalle sobre la “noche de los cuchillos largos”.

Los demás capítulos iluminan su práctica desde distintos ángulos. La podredumbre antes mencionada tiene anclaje material: el contexto de la vida cotidiana que enmarca la práctica de los principales agentes de la violencia, nazis, pero también comunistas y, en menor grado, socialdemócratas. Ese contexto es el de la crisis –Alemania dependía de los créditos americanos dislocados por el crac del 29–, el paro, la escasez y un hacinamiento que explica el atractivo de cervecerías y locales de asalto, devenidos “corazón cálido y mano solícita” (p. 91); allí nació el nazismo y allí cuajaron las primeras mistificaciones (capítulo 2, 3 y 4). Encontramos así los raíles del hilo argumentativo: las duras condiciones objetivas y la construcción ideológica. Esta última aparece diluida en la trama de los capítulos y tiene dos piezas fundamentales: la sustantiva es la cosmovisión nacionalsocialista con sus ingredientes típicos (pureza racial, liderazgo carismático, elección étnica, fanatismo, tradición germánica, etc.), la instrumental se caracteriza por el uso sistemático y concienzudo de la mentira.

Mentira y contexto conforman la mezcla emocional que hace estallar la República de Weimar: el pesado legado de Versalles y la paranoica “puñalada por la espalda”. En ese ambiente cargado, con el impacto de la brutalización de la Gran Guerra que servirá de iniciación a muchos de los líderes de las SA –a menudo tras pasar por los *Freikorps*, responsables por ejemplo del asesinato de Rosa Luxemburgo– se socializan quienes llevarán a Hitler al poder. La lucha por la calle adquiere los tonos de una guerra civil cumpliendo así una constante histórica: antes de destruir a los ‘otros’ hay que ajustar cuentas con los ‘nuestros’ no conformes con el troquel nazi de la *Volksgemeinschaft* (p. 160). Sin embargo, las conversiones rojipardas no son excepcionales y Casquete anota algunos motivos (p. 152). El componente juvenil se añade al machista para explicar el monopolio masculino de las organizaciones punteras del nazismo. La mujer ocupa un papel subalterno, racionalizado en la geografía conceptual de los “dos mundos” (capítulo 5). “Hay que emancipar a las mujeres de la emancipación”, predicará A. Rosenberg (p. 108). La misma tendencia sexista se observa en los Cristianos Alemanes (p. 188).

El elemento mistificador presenta notables variantes, desde la construcción ficticia de las biografías martiriales a los ritos funerarios. El autor insiste con razón en que la política nazi está dirigida a la movilización de las emociones; y la sangre, con su acompañamiento ritual de banderas, esvásticas, himnos y desfiles, es parte esencial de ella: la hematolatría como fulcro de la emopolítica. La mistificación mentirosa –que el autor desnuda con el bisturí minucioso de los archivos, una pieza fundamental de este trabajo– puede convertir un accidente por alcoholismo en mérito patriótico y, sobre todo, en el alambique verbal de Goebbels, en llamada a la venganza (p. 205). Los “mártires” presiden las liturgias de esta religión política, encuadernan *Mi lucha* y pautan el calendario conmemorativo (capítulos 10 y 11).

El más famoso de los mártires es Horst Wessel (capítulo 12). Hasta el punto de que una canción compuesta por él alcanza el estatus de himno y su nombre inunda el nomenclátor y alienta biografías, relatos infantiles, canciones y poemas. Pero, una vez más, aquí aprovecha el autor el elemento anecdótico para un apunte sociológico generalizable. Puesto que el régimen totalitario no permite forma alguna de expresión de la opinión pública, ni por la vía representativa –monopolizada por el Führer que se identifica con el Reich–, ni por otras vías directas, tendremos que apelar a indicadores indirectos para una aproximación. Puesto que Horst es la metonimia del nazismo, estudiar su evolución como nombre de pila dará una idea del apoyo al régimen. Así, la “curva de Horst” exhibe un tramo ascendente hasta 1940 y decreciente luego<sup>2</sup>.

Otra línea argumental que atraviesa el libro es la de la continuidad: el nazismo crece en un subsuelo de impregnación romántica y *völkisch*, tradición germánica y antisemitismo. Son nutrientes que alimentan a sectores importantes de la población. Los capítulos 6 y 9 iluminan estos extremos; el primero se ocupa del antisemitismo de las SA y el segundo de la contribución legitimadora de los Cristianos Alemanes, autodefinidos como las SA de Jesucristo. La extensión del antisemitismo en los aparatos del Estado explica el asimétrico trato según fueran militantes pardos o rojos. La contribución de una parte tan significada de la iglesia protestante es un síntoma más de la degradación moral que hizo posible la indiferencia ante quienes fueron excluidos del universo de obligación moral como antesala del exterminio. No hay solución de continuidad entre el antisemitismo ambiental y las cámaras de gas (p. 127)<sup>3</sup>.

El puñado de anexos y el encarte fotográfico son un valioso apoyo al material de los capítulos. Hay que decir respecto a la selección de temas que los que están lo hacen por méritos suficientes. Acaso algún detalle más sobre el problema de la vivienda habría sido iluminador. Pero obviamente el autor tiene que circunscribir su campo.

El libro es un *collage* en la dimensión horizontal, desplazando el foco por paisajes diferentes, pero no descuida lo que puede considerarse una dimensión vertical. La crónica de las fechorías y leyendas nazis está entreverada de apuntes teóricos que permiten generalizaciones a partir de este estudio de caso. Aparte de los que han ido saliendo incidentalmente al hilo de los capítulos, una de las observaciones más destacadas –por lo que supone de desautorización de una cierta visión seráfica de la acción colectiva– es la que señala que en la calle no es oro todo lo que reluce, que la movilización no es sinónimo de octanaje democrático ni las invocaciones al pueblo/comunidad síntoma de una cultura cívica robusta; *tant s'en faut*. Una segunda, viene a impugnar la idea de que los peligros de la democracia se circunscriben al exceso de Estado (totalitarismo). En este caso, el mal fue sin duda el déficit de Estado para imponer el monopolio de la fuerza y el

<sup>2</sup> La susceptibilidad a la transliteración en los cambios etnogravitacionales que producen los procesos de nacionalización es una constante (como la inflación del gentilicio, p. 43). Lo hemos visto en País Vasco, Cataluña y Galicia, por citar casos cercanos. En *LTI* se dedica un capítulo a los nombres, que concluye confirmando su importancia cuando sirven como marcadores de pertenencia: una pequeña falsificación, que transformó su apellido en Kleinpeter, resultó providencial (Klemperer, 2001: 115-127).

<sup>3</sup> Tampoco en la elección de Núremberg como sede de los congresos nazis: era la capital de la *Traditionsgau* [comarca de la tradición], lo que permitía ensartar el nacionalsocialismo con el teutonismo (Klemperer, 2001: 125).

imperio de la ley sobre los pioneros nazis que acabaron haciéndose con el poder<sup>4</sup>. Una tercera, tiene que ver con la lógica situacional, de la que los líderes nazis saben sacar partido convirtiendo la pauperización en palanca emocional, a través de dos mecanismos bien rodados: el enmarcado del Tratado de Versalles como desastre productivo y el antisemitismo como capitalización del odio por la vía de la figura del chivo expiatorio.

Me he referido antes a las fuentes literarias, porque creo que tienen un notable poder para acercarnos el palpito del momento. Mencionaré dos novelas que pueden leerse como complemento a este trabajo –del que cabe decirse con fundamento que se lee como una novela–. Kurfürstendamm, un topónimo repetido en las páginas reseñadas, da título a una gran novela de Gabriele Tergit: *Käsebier erobert den Kurfürstendamm*. Otra es el clásico de Alfred Döblin con otro topónimo familiar en el título: *Berlin Alexanderplatz*. El interés extraliterario de ambas reside en que están escritas en años críticos –1929 y 1931– y en que tienen la inocencia epistemológica de quien desconoce el desenlace de la tragedia. Döblin y Tergit tuvieron que exiliarse; Tergit –confirmando la obsesión contra los judíos registrada en nuestro libro– después de recibir la visita de las SA un día de 1933 a las tres de la madrugada<sup>5</sup>.

## Bibliografía

- Döblin, A. (2013[1929]): *Berlin Alexanderplatz*, Barcelona, RBA.  
 Klemperer, V. (2001[1947]): *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Minúscula.  
 Recouly, R. (1933): *Les négociations secrètes Briand-Lancken*, París, Les éditions de la France.  
 Richard, L., dir., (2013): *Avant l'apocalypse. Berlin 1919-1933*, París, Autrement.  
 Tergit, G. (2010 [1931]): *Käsebier conquista Berlín*, Barcelona, Minúscula.

Martín Alonso Zarza  
 Doctor en Ciencias Políticas, profesor jubilado  
 malonsozar@gmail.com

<sup>4</sup> Este error tendría su continuidad en el tratamiento condescendiente con Hitler que desembocó en los Acuerdos de Múnich. Llama la atención tal ceguera a la vista de llamadas de atención, como el informe elaborado por el cónsul británico Robert Clive (p. 41) en una fecha tan temprana como 1923 o las palabras del periodista francés Raymond Recouly (1933: 172-173): diez años más tarde: “Esta evolución de Alemania que asegura el triunfo de los partidos de derecha [...] era patente desde hace varios años: se la podía discernir y actuar preventivamente al respecto”.

<sup>5</sup> Jesús Casquete menciona a otros dos escritores imprescindibles: Joseph Roth y Stefan Zweig.